

Entrevista. Laura Fernández Cordero analiza los hitos de la emancipación femenina, presentes en los debates de la prensa anarquista entre 1880 y 1930.

La memoria de luchas que vienen de muy lejos



Bs. As., 1907. Mujeres y niños protagonizaron la "huelga de las escobas" en los conventillos, frente al aumento de impuestos que encareció los alquileres.



AMOR Y ANARQUISMO...
L. Fernández Cordero
Siglo XXI 240 págs.
\$ 330

OSVALDO AGUIRRE

Las representaciones más difundidas del anarquismo remiten a las grandes huelgas de principios del siglo XX y a la línea "expropiadora" que recurrió a los asaltos para financiar actividades políticas. Sin embargo, dice Laura Fernández Cordero, una simple exploración del mundo libertario basta para advertir la circulación de otras figuras y otras discusiones tan significativas tanto dentro de ese espacio como del que prefiguraron en el debate moderno sobre los derechos de las mujeres. *Amor y anarquismo. Experiencias pioneras que pensaron y ejercieron la libertad sexual*, el libro de la socióloga e investigadora del Conicet, reconstruye ese itinerario poco transitado en los estudios históricos y lo reinstala en el horizonte del presente.

La emancipación femenina y la ética revolucionaria en la vida cotidiana fueron temas de debate en la prensa anarquista entre 1880 y 1930, con la particularidad de haber incluido dos periódicos escritos y dirigidos exclusivamente por mujeres, *La Voz de la Mujer* (1896-1897) y *Nuestra Tribuna* (1922-1925). Portadoras de una nueva forma de participar, señala Fernández Cordero, las mujeres redefinieron su propio lugar, ya no como víctimas a la espera de su liberación, y también el de los varones, al plantear las contradicciones entre la teoría y la práctica, y promovieron una subjetividad fundada en el diálogo y la polémica.

"La apuesta del libro era darle historia a debates que hoy parecen tan contemporáneos e incluso un invento de la posmodernidad, vincularlos a momentos dentro de las izquierdas donde estos temas se

discutían, sin el vocabulario del género e incluso del feminismo, una etiqueta que los y las anarquistas desdibujaban porque en ese momento el feminismo estaba enrolado con la búsqueda de derechos civiles y políticos, con el sufragio. Cuando las mujeres toman la palabra y la iniciativa, la doctrina se hace cada vez más inestable y más rica", dice la autora, responsable del área académica del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierda (Cedinci).

¿Qué inflexiones particulares le dieron las mujeres al anarquismo?

—Los varones buscan que las mujeres se sumen a la militancia pero cuando ellas lo hacen lo novedoso no es tanto lo que vienen a decir como los problemas que marcan, al enunciar la primera persona. Uno de ellos es que esa convocatoria de los varones es muy paternal. Ellas quieren sumarse en sus propios términos; quizá el más lindo de los dichos que tienen es "Ni Dios ni patrón ni marido", o "anarquía y libertad, las mujeres a fregar". La convocatoria venía por el lado de "queremos emanciparnos, nosotros a ustedes". Cuando ellas dicen "nosotras, las esclavas, queremos libertad", hablan de liberarse del hombre, y los anarquistas no están exentos de esa caracterización. El varón que oprime a la mujer también puede ser un anarquista. Cuando ellas hablan empieza a correr un imaginario de la mujer que la doctrina no tenía muy pensado y aparece una polémica llena de productividades. Surge una figura impensable: en el hogar, quien oprime es un anarquista. Está en discusión la rectitud que debe tener una ética libertaria. Bancarse con la que se libera sea tu madre, tu hermana, tu mujer, no es lo mismo que recitar la teoría. La idea de amor libre

BÁSICO

LAURA FERNÁNDEZ CORDERO
SOCIOLOGA

Doctora en Ciencias Sociales por la UBA e investigadora del Conicet. Responsable del Área Académica del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDinci/UNSAM), donde también coordina el Programa Sexo y Revolución. Memorias políticas feministas y sexogénicas. Docente universitaria, integra el colectivo que edita la revista *Políticas de la Memoria*.



está en disputa todo el tiempo: qué significa, qué límites tiene, en un marco muy heterosexual, un límite difícil de pasar en ese momento.

¿Cómo se articula en el pensamiento anarquista la propuesta del amor libre con la defensa de la maternidad y con su rechazo hacia la homosexualidad?

—La maternidad como valor dominante no se discute; sí maternidad inconsciente, hablan de control de la natalidad y de tener los hijos que se puedan criar. Pero no

debería sorprendernos, incluso hoy a la mujer le cuesta romper el mandato de tener hijos, ni siquiera hay un nombre para eso. Comparten una moral de época y saberes médicos, también les parece un problema la masturbación. Una causa importante es el contexto en que ejercían su sexualidad varones y mujeres, donde no hay control de enfermedades infecciosas de transmisión sexual, el aborto se da en plena clandestinidad, como hoy, y el método anticonceptivo más usado es el *coitus interruptus*. La idea de qué significa la violencia sobre la mujer, por ejemplo, es una construcción posterior. Cuando sale el libro *Libertad sexual de las mujeres*, de Julio Barcos, en 1922, las redactoras de *Nuestra Tribuna* no lo reciben con algarabía; al contrario, les suena demasiado erotizante, libertino.

¿Cómo se sitúan las anarquistas ante la idea de familia?

—Crítican claramente al matrimonio como figura burguesa que implica una alianza económica entre dos familias para fortalecer una estructura patriarcal y hereditaria, que se sanciona en el Registro Civil y en la Iglesia. A eso oponen las uniones libres, relaciones mutuamente consentidas. Hay quienes hablan de destruir la familia y quienes proponen pensar otras formas, familias libertarias, donde haya acuerdo, reciprocidad, donde no haya violencia hacia los niños. Se los acusa de destructores de la familia como se acusó al socialismo y al comunismo, porque van en contra del formato burgués.

El libro destaca que las anarquistas no sólo hablaban de temas de género; participaban en el debate sobre la lucha revolucionaria. ¿Por qué?

—El anarquismo comparte mucha biblioteca con el socialismo. Lo distintivo es que para ellos la revolución social es también una revolución sexual, una revolución que implica necesariamente la emancipación de las mujeres y la libertad sexual. La propia lógica del campo académico hace que a veces se recupere esa voz como una voz que termina reforzando la particularidad de la mujer. Nadie habla de *La Protesta* como de un periódico hecho por varones, y sin embargo lo era. No apunté a hacer un libro de mujeres célebres del anarquismo ni solamente un libro de historia de las mujeres sino a reponer la polémica.

¿En qué consiste la "sensibilidad anarquista" que propone recuperar para el activismo contemporáneo?

—Primero en historizar las luchas presentes, sacarlas de esa idea de que la producción de identidades supuestamente minoritarias es algo de la posmodernidad. Hay hechos historiográficos que hacen que aparezcan nuevas identidades y que encuentren sus traducciones políticas pero también hay una nueva mirada hacia atrás, al recuperar esas identidades que no son el hombre como factor determinante de la historia. La cantera de las izquierdas tiene figuras, episodios y polémicas que pueden ser leídas hoy de manera productiva. Como pasa con la Revolución Rusa. En segundo lugar hay que ser muy desconfiado del Estado como un lugar que a través de la legislación sanciona un orden más amable para determinadas identidades. Nunca se puede estar tranquilo con eso. Y también desconfiar de la conquista de derechos. Los derechos son lábiles y su conquista no puede ser un punto de llegada porque termina reforzado ese derecho que siempre va a ser de exclusión para con otros. No es un programa, entonces, es el gusto por tomar la palabra propia, la vocación por no quedarse en una doctrina establecida sino propiciar el debate, una serie de elementos que hacen a una sensibilidad que puede ser todavía productiva.